Gengis Khan

Soberano del mundo

64. **Un nuevo Atila. Europa, estremecida**
Julio Valdeón

66. **El diablo en persona**
Vito Bianchi

72. **Después de la tormenta**
Vito Bianchi

78. **Un franciscano en la Corte del Gran Khan**
Alessandro Bedini

Gengis Khan, en una pintura china que le representa cazando con halcón, una actividad que le apasionaba.

Hace ochocientos años, un caudillo de las estepas unió a todas las tribus de Mongolia y se lanzó con ellas a la conquista de Asia a sangre y fuego, labrándose un Imperio, del Mediterráneo al Pacífico y de Siberia al Himalaya. Tres especialistas recrean su vida y sus avances militares, contrastan la crueldad de sus métodos con la tolerancia de sus leyes y visitan su reino junto al franciscano fray Giovanni di Pian del Carpine

Un nuevo Atila

Europa estremecida

Gengis Khan sólo ocupó una pequeña franja de Europa oriental, pero las noticias que venían de Asia devolvían a la memoria el precedente de la figura de Atila y los hunos, varios siglos antes. **Julio Valdeón** evalúa el impacto psicológico que tuvieron las guerras de conquista del caudillo mongol en el Occidente cristiano

Gengis Khan, cuyo nombre originario era, según todos los indicios, Temujin, vivió entre los siglos XII y XIII. La expresión Gengis Khan quiere decir "rey oceánico", "universal" o "poderoso". En concreto debió nacer entre los años 1155 y 1167 y perdió la vida a finales de agosto del año 1227. Su infancia fue, al parecer, bastante dura, pasando fases de indiscutible miseria. No obstante, persona de carácter firme e inteligente a la vez que de un fuerte espíritu guerrero, fue capaz de crear un poderoso imperio mongol, que terminó proyectándose nada menos que desde la China del norte hasta las proximidades del mar Caspio, y desde los bosques siberianos hasta la India. Sus primeros y decisivos pasos consistieron en unificar a los mongoles. De ahí que, en el año 1196, fuera designado Gengis Khan su rey. A comienzos del siglo XIII, derrotó de forma aplastante a los tártaros. Poco tiempo después, en el año 1206, tuvo lugar una asamblea general, en la cual se proclamó que Temujin, o si se quiere Gengis Khan, era, por sorprendente que pareciera, un enviado del cielo. Al mismo tiempo, logró formar un poderoso ejército mongol, cuyos principales rasgos eran su excelente organización y su rígida disciplina.

Gengis Khan, en una xilografía que ilustra la *Cosmografía* de Sebastian Munster, publicada en el siglo XVI.

En los años siguientes el ejército de Gengis Khan llevó a cabo una expansión impresionante, primero dirigida hacia el territorio de China, entrando en la ciudad de Pekín en el año 1215. Más adelante, lo lanzó sobre los territorios de Afganistán y Persia. Hubo algunas ciudades, entre ellas Samarcanda y Bujara, que fueron arrasadas, mientras Afganistán se convertía poco menos que en un desierto. El siguiente paso, que tuvo lugar hacia el año 1221, se orientó hacia las tierras del este de Europa, entrando primero en la región de Georgia, al tiempo que sus tropas derrotaban poco después en la batalla de Kalka, acaecida en el año 1222, a los rusos. En definitiva, el inmenso imperio de Gengis Khan se proyectaba desde la zona más occidental del continente asiático hasta las puertas orientales de Europa.

Pero no sólo sometió a los pueblos mongoles, sino que se lanzó también contra los vecinos pueblos turcos. A Gengis Khan no le importaba, por supuesto, sacrificar vidas humanas y según han

Julio Valdeón Baruque es catedrático de Historia Medieval, U. de Valladolid.

puesto de manifiesto todos los estudiosos de su época, fue un político sumamente frío y calculador. Al mismo tiempo, era un personaje bastante prudente, lo que explica que nunca buscara nada parecido a la aventura. Hombre muy tranquilo, estaba convencido de que todas las reglas morales eran, sin duda alguna, buenas. Pero también fue un hombre práctico a la vez que un excelente organizador y era bastante intransigente con la población extranjera.

¿Qué imagen había en la Europa cristiana de la primera mitad del siglo XIII del personaje conocido como Gengis Khan? No es fácil, ni mucho menos, responder a esta pregunta. En todo caso, las noticias que llegaban sobre los impresionantes avances de sus tropas causaban, sin duda, un cierto recelo. De todos modos fue su victoriosa entrada en la zona próxima de la Europa oriental lo que más preocupó en aquel tiempo. Al fin y al cabo, todo lo que procedía del continente asiático preocupaba hondamente en la Europa cristiana.

¿Cómo olvidar, acontecimiento que tuvo lugar varios siglos atrás, el peligroso avance de los hunos, a cuyo frente se encontraba Atila, por poner un ejemplo claramente significativo? De todos modos, los progresos militares de Gengis Khan se limitaron, ciertamente, a una pequeña franja de la Europa oriental. De ahí que no terminara por causar problemas en el ámbito de la cristiandad occidental. ■

Batalla entre los guerreros de Gengis Khan y el ejército del príncipe Juan, en una miniatura de 1400, conservada en la biblioteca Bodleian, Oxford.

El diablo en persona

Hijo de un jefe tribal nómada del corazón de Mongolia, el joven Temujin sufrió en carne propia luchas que enfrentaban a los clanes. Pero logró vengarse y levantar a sangre y fuego el mayor Imperio del mundo, aunque a costa de millones de vidas. **Vito Bianchi** explica cómo lo hizo

Esta historia nace en el Asia más profunda, y se desarrolla a lo largo de la Ruta de la Seda, la línea que divide a pueblos sedentarias y nómadas. Civilizaciones que construyeron refinadas ciudades tenían su contrapunto en pueblos errantes, moldeados por la dureza de la existencia. Y, sin embargo, del árido corazón del desierto del Gobi surgió, en tres cuartos de siglo, un inmenso reino que se extendió desde el Pacífico hasta el Mediterráneo, desde Siberia al Himalaya, de la mano de hierro de Gengis Khan.

Antes de abordar su temible figura, es preciso adentrarse en el mosaico de etnias que poblaban las estepas de Asia central, que el joven unificaría antes de lanzarlas a la conquista del mundo. En el primer milenio de nuestra era, al otro lado de la Gran Muralla china, se habían desarrollado tres grupos etno-lingüísticos: los tunguses, que habitaban en Manchuria; los mongoles, que ocupaban las estribaciones manchúes, y la actual Mongolia oriental, y los turcos, que vivían en la mayor parte del actual territorio mongol.

Más allá se encontraban, en el siglo IX, los principados musulmanes, nacidos de la fragmentación del califato de Bagdad en las dinastías de los Tahiridas, de los Saffaridas, de los Samánidas y de los Gaznávidas. La penetración de hordas turcas había desplazado el equilibrio de las tierras islámicas: gentes nómadas se habían hecho sedentarias y se habían islamizado. Y antes de que los gobernantes del Choresm se apropiasen, entre los siglos XII y XIII, de toda el área persa hubo una nueva sacudida producida por la irrupción en el Turquestán de los kitai. Eran mongoles de raza y budistas de religión. Huían de los jurcet que, desde 1125, les habían suplantado en el norte de China. Los emperadores del sur de China habían creído que podían desembarazarse de su vecindad azuzándoles las toscas multitudes tungusas. Del naufragio de ese plan nacieron dos Chinas: una extranjera, bárbara, que había bajado de las oscuras regiones del norte; otra nacional, civilizada, urbana, florecida en el esplendor de una cultura refinada.

El vórtice creado en los territorios centroasiáticos por el desplazamiento de masas nómadas había provocado ocasionalmente grandes ocupaciones y grandes vacíos, expulsiones y mezclas étnicas. Aunque hablaran lenguas diferentes, turcos y mongoles habían vivido siempre en estrecha simbiosis. Ambas etnias tenían en común el chamanismo, sus técnicas de trabajo, algo de vocabulario y, sin duda, alguna gota de sangre, lo que hacía que fuese difícil establecer una frontera precisa entre ellas. Su riqueza consistía en las armas, las armaduras y los caballos de talla reducida, muy resistentes al cansancio. Utilizaban tiendas de fieltro como moradas y casi desconocían la ciudad.

En vísperas de la epopeya de Gengis Khan, las estepas estaban pobladas por una nube de grupos tribales, acostumbrados al pillaje, de controvertida atribución étnica y difícil clasificación: tártaros, keraitas, naimanes, oirat, tumet, kirguises; merkitas, taicutos, ongut y tangut.

Divide y vencerás

En las praderas bañadas por el Onon y el Kerulen se habían instalado, en los siglos X y XI, algunas tribus verdaderamente mongolas. Cada una tenía distintas zonas de pastoreo, y distintos caminos para los traslados, pero todas creían en el Tengri, el Cielo Azul eterno y omnipotente del que dependían multitud de divinidades secundarias. Los diferentes clanes, ligados a sus totem, vivían angustiadas por luchas internas y externas, que los chinos alimentaban a propósito para mantener divididos a "los bárbaros del norte". Las duras condiciones ambientales contribuían asimismo a perpetuar la fragmentación.

Pero no por ello dejaba de existir una cierta aspiración a la unión. Hubo un conato de unificación mogola bajo Qabul Khan, dirigente de los borjijin, pero la precaria estabilidad fue sucedida en 1135 por una guerra prolongada primero por Ambaqai –que fue capturado y empalado en Pequín sobre un asno de madera– y

Vito Bianchi es profesor de Arqueología en la Universidad de Bari.

Gengis Khan, en un grabado coloreado a mano de Pierre Duflos, en 1780, para un repertorio de trajes del mundo. Su Imperio fue el mayor que ha existido en la Historia.

después por el hijo de Qabul, Qutula Khan, quizá tío de Yesugei, padre del futuro Gengis Khan.

Sobre la infancia del conquistador, los datos permanecen confusos. La fecha de nacimiento varía entre 1155, 1162 y 1167, según qué fuentes. Las persas le hacen nacer en el año del cerdo del calendario Chino. Según este relato, en aquel tiempo, Yesugei reinaba sobre la comunidad de los qiyat y se había aliado a Toghril, soberano de la confederación keraita, por un pacto jurado y en un golpe de mano había raptado a la bella Hoelun, una joven de estirpe a la que había conocido por azar, al cruzarse con una caravana durante una batida de caza. La joven se convirtió en su esposa y tuvo su primer hijo mientras Yesugei regresaba victorioso de una batalla contra los tártaros. Traía con él a dos prisioneros. El más importante se llamaba Temujin-uga. Y Temujin –que significa "el herrero"– fue el nombre que recibió el recién nacido, en honor de la gesta.

Temujin creció educándose en las costumbres mongolas: recoger el estiércol usado como combustible, cepillar los caballos, cazar marmotas, vigilar al ganado o aprender a manejar el arco. Éstas eran las tareas impuestas a los muchachos de la estepa por una férrea disciplina. Tareas de adulto que hacían madurar con rapidez el carácter y el físico, ya que, nada más cumplir los diez años, habían de buscar esposa, lejos de casa, según las tradiciones exogámicas. Los acuerdos nupciales servían para sancionar coaliciones, consolidar intereses políticos y reforzar los señoríos tribales. Yesugei decidió comprometer a su primogénito con Borte, la hija pequeña de un jefe tribal aliado. Temujin tenía ojos de gato, frente amplia, piernas arqueadas por culpa del caballo y, según cuentan, un

Gengis Khan y una de sus esposas, en el trono. El líder mongol se casó muchas veces por razones de conveniencia política.

gran miedo a los perros cuando partió con su padre hacia el sur, más allá de la zona de influencia tártara, para completar su formación junto a su futuro suegro.

Banquete envenenado

En el camino de vuelta, Yesugei se topó con unos festejos cerca del monte Tchekter. Entre nómadas, la hospitalidad es sagrada y, durante el banquete, el valiente borgijin fue tratado con todos los honores. No podía imaginar que aquellos bocados de carne ávidamente engullidos, que aquellos deliciosos sorbos de leche de yegua –el *kumys*, alimento primordial para los mongoles– escondían veneno tártaro. Una vez regresó al camino, comenzó a sufrir dolores lancinantes, pero se mantuvo sobre la silla para llegar a la orilla del Onon, a sus lares, a su yacija. Temujin fue avisado y corrió a la cabecera paterna, pero lo único que pudo hacer fue velar a un difunto.

La desaparición del líder tuvo un efecto desastroso en la embrionaria cohesión mongola. El valor de la viuda, Hoelun, que enarboló el *tugh* –estandarte real adornado con cuerno de yak y colas de caballo–, les arengó y se lanzó en persecución de los fugitivos aunque no consiguió detener la diáspora. Los taicutos, por otra parte, no esperaron para emanciparse de la superioridad de los borjigin y sustraerse a un liderazgo que heredaban las frágiles manos de un niño que se había quedado solo, a excepción de su madre, cuatro hermanos pequeños, dos hermanastros –consecuencia del concubinato paterno– y unos pocos fieles. Para el muchacho, la existencia había cambiado rápidamente de signo para convertirse en un rosario de privaciones y sufrimientos.

Pero la necesidad tuvo la virtud de acelerar la madurez de Temujin, cada vez más versado en el uso de las armas y en cabalgar. Cada vez más agresivo, el joven incluso llegó a matar un día a su hermanastro Bekter, culpándole de haberle robado la caza.

Su feroz personalidad preocupaba a la facción taicuta, que quiso controlar al peligroso principito. Temujin se refugió en un bosque y vagó durante mucho tiempo, con el aliento del enemigo en el cogote. Hasta que, al límite de sus fuerzas, fue hecho prisionero. El noble hijo de Yesugei probó el castigo de la *kanga*, un cepo de madera concebido para atrapar el cuello y los brazos. Su destino parecía sellado, pero las fiestas del Disco Rojo de los taicutos, en el plenilunio de mayo y a orillas del Onon, tuvo un golpe de suerte y logró escapar. El resto lo hicieron las aguas del río, que escondieron durante la noche a

Un esposo para dos hermanas

La poligamia de los mongoles permitió que Temujin contrajera diversos matrimonios "políticos", que le unieron formalmente a los pueblos sometidos o confederados, incrementando de guerra en guerra el número de sus esposas. Éste fue el caso de las princesas tártaras Yesugen y Yesui, que eran hermanas. El Khan desposó a ambas tras haber aniquilado a los tártaros. La atracción que Temujin sentía por Yesui era tal que no soportaba la presencia de su ex marido entre los que frecuentaban el campo imperial. El joven era rubio, llevaba el cabello pulcramente peinado en trenzas y acabó muriendo decapitado un día que había intentado mirar a su amada ex mujer creyéndose escondido entre la multitud.

La costumbre mongola incluía en la ceremonia nupcial la escenificación de un rapto. Durante un gran banquete, la esposa tenía que fingir esconderse junto a sus parientes, donde el esposo iría a buscarla, "arrancándola" de los afectos familiares y llevándosela con él. Aunque la primera mujer generalmente era considerada de rango superior a las siguientes, en realidad las diferencias no eran muchas. Cada una poseía su propia tienda y su propia familia, además de su patrimonio formado por muchas yurtas y sirvientes. Y a menudo las coriáceas mongolas no rehusaban conducir carros, montar y desmontar tiendas, ordeñar vacas, cocinar y coser.

Una escena cotidiana en un campamento mongol: la hora de preparar la comida, en una miniatura persa del siglo XIII, París, Biblioteca Nacional.

Temujin, y la ayuda de Sorqan-chira, miembro de los suldus, que favoreció su fuga. Los sabuesos taicutos siguieron su rastro y él siguió el rastro de sus familiares, a los que alcanzó a orillas del Kimurqa.

Su ansia de venganza contribuyó a propagar el nombre de Temujin. Poco a poco, los hijos de los viejos compañeros de armas de Yesugei y guerreros en busca de aventuras empezaron a acercarse a él. Sus filas empezaron a crecer y a hostigar a los odiados taicutos. Llovieron emboscadas, represalias y duelos. A partir de ese momento, la carismática fascinación del astuto borgijin se basaría en una sabia dosificación de crueldad y generosidad a partes iguales: quien le demostraba lealtad, entraba en su séquito. Quien no, era eliminado.

Mujeres y bueyes

Al tener cada vez más prestigio y botín, Temujin se encontró en condiciones de volver a casa de Dai Seshen y casarse con Borte, pues los qongghirat estaban de su parte. Poco después también lo estarían los keraitas de Toghril, el antiguo aliado paterno, que fue convencido para entrar en la coalición a cambio de un lujoso abrigo de piel de marta cibelina, escogido de entre los regalos nupciales. Por su parte los jajirat de Jamuka, su fraternal compañero, garantizaban a Temujin un sólido apoyo. Pero todavía quedaba algún cabo suelto. Los merkitas no habían olvidado el rapto de la joven Hoelun. En la óptica nómada, ser defraudados por una mujer significaba perder la posibilidad de descendencia y, por consiguiente, la identidad social.

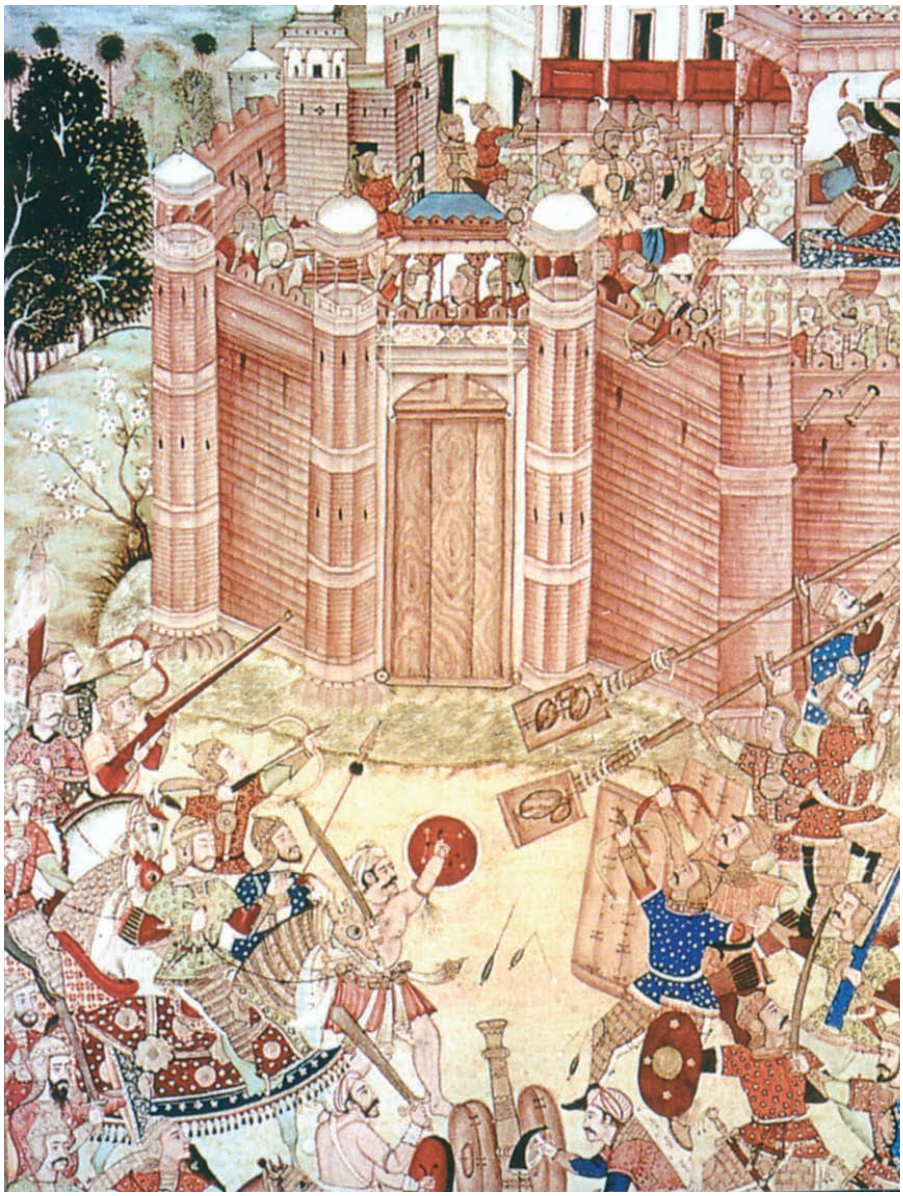
La venganza se materializó en un ataque, en el que un grupo se lanzó sobre los borgijin haciendo estragos, quemando las yurtas, raptando a mujeres, niños y siervas. La pobre Borte, escondida en un carro cargado de lana, fue hecha prisionera por Tchilger-boko, jefe merkita, mientras su esposo se escondía en los alrededores de Burqan Qaldun.

Hermanos de sangre

De la misma madre nacieron después Jaghatai, Ogodei y Tului y algunas niñas. Otros hijos nacieron de algunas concubinas y de mujeres desposadas por razones meramente diplomáticas, pues el guerrero aspiraba a cohesionar toda Asia central. Era una utopía que se realizaría si se superaban las desidias congénitas al milenario individualismo tribal, en una sociedad que presentaba una clara división social entre aristocracia guerrera, trabajadores y esclavos. La diarquía de los primeros tiempos estuvo liderada por Temujin y Jamuka, hermanamiento propiciado mezclando ritualmente la sangre de las venas, muñeca contra muñeca. Hay

La fascinación del astuto caudillo se basaba en una sabia dosificación de crueldad y generosidad a partes iguales

Como los romanos con las sabinas, como Paris con Helena, también en el Oriente más profundo era fácil que la pugna por una mujer provocara la discordia. En realidad, tras la afrenta que había que lavar subyacía el choque entre la potencia de los merkitas y la de los keraitas. Los preparativos duraron más de nueve meses. Al final, Temujin, Jamuka y Toghril llegaron a las fuentes del Onon con sus ejércitos. Por la noche, atacaron a los merkitas, inflingiéndoles daños irreparables. Durante el combate, hallaron a Borte sana y salva, con un recién nacido en sus brazos. El niño fue llamado Joshi –el Huésped, el Aceptado–, lo que induce a pensar que no faltaron dudas sobre su paternidad.



El ejército de Gengis Khan asalta una fortaleza china, en una edición india del siglo XVI de la *Historia de los Mongoles*, Teherán, Biblioteca Imperial Gulistán.

quien, como Vladimirtsov, ha destacado de aquel duumvirato el reflejo de una doble componente social: por un lado Temujin, que representaba los intereses de las familias más ricas, dedicadas principalmente a la cría de caballos y bueyes; por el otro, Jamuka, apoyado por los pastores y criadores de ovejas y cabras y por una cierta nobleza que soportaba mal al sucesor de Yesugei. Más tradicionalista y reflexivo el primero, más revolucionario y anticonformista el segundo. Pero aquel aparente idilio, cultivado en las cíclicas trashumancias del ordu, el campo nómada, no duró más de año y medio.

La separación, preparada en teoría por Temujin, que se había conquistado a los nobles más influyentes y los chamanes más populares, hizo que el fiel de la balanza cayera de su parte. Y así el qurultai, el consejo de sabios, le concedió entre 1187 y 1196 el título de Khan. Este nombramiento resolvía sobre todo la lucha latente entre los más antiguos pretendientes al khanato y frenaba las tendencias anarquistas de los clanes de la estepa. Verdaderamente, no se podía hablar todavía de un monarca absoluto ni de un reino bien delimitado. No obstante, Temujin comenzó a consolidar su poder: se dotó de una guardia de corps reclutada entre los mejores arqueros, nombró lugartenientes y distribuyó cargos administrativos. Creó, además, algunas figuras institucionales como el gran palafrenero, el maestro de carros, el primer pastor o el copero, y jerarquizó el ejército: así se ponían los cimientos de un Estado militar nómada centralizado, aunque los mandos se precisaron gradualmente, con el progreso de la expansión.

Un ejército perfecto

Desde los primeros tiempos, los ejércitos de Temujin se caracterizaron por la eficiencia táctica y una ejemplar organización militar. Las milicias estaban subdivididas según un sistema decimal que preveía manípulos de diez, cien, mil y diez mil hombres (los tumen), fraccionables y agrupables según la situación. Era el equivalente medieval de la repartición con que, en el siglo XVIII, se ordenarán los ejércitos nacionales: escuadra (o pelotón), compañía, regimiento y división. Como cuenta Giovanni di Pian del Carpine, los mongoles mandaban en descubierta a gastadores que precedían al grueso de la expedición, que transportaban tiendas, caballos y armas. Al entrar en batalla preferían alinear los grupos más potentes en las alas, tratando de envolver al adversario. A menudo simulaban una retirada para después volver sobre sus perseguidores y cogerles por sorpresa. La proverbial habilidad de los guerreros de la estepa residía sobre todo en disparar flechas desde la silla de su corcel. Raramente luchaban cuerpo a cuerpo, si no era para acabar con el enemigo ya herido desde lejos. Por eso los guerreros mongoles iban equipados con dos o tres arcos y otros tantos carcajs llenos de flechas. El armamento dotaba, además, de hachas a los soldados rasos y afiladísimas cimitarras para los más ricos. Los escudos estaban hechos con mimbres trenzados, mientras que los yelmos eran de hierro en su parte superior, y de piel en la inferior. Caballos y caballeros iban normalmente protegidos por corazas compuestas por placas de metal y hierro. Así equipadas, las hordas mongolas hicieron temblar al mundo.

Toghril se alegró de la elección del khan mongol. Jamuka, en cambio, se lo tomó mal. Por desquite, desafío o quizá por inconsciencia, permitió que su hermano llevara a cabo razzias entre el ganado que pertenecía a Temujin. Éste, naturalmente, reaccionó matando al ladrón. La lucha fratricida ya tenía un buen pretexto para desencadenarse.

El enemigo en un bocado

Y lo hizo con toda crudeza. Al finalizar los combates, Jamuka mandó cocer vivos en grandes calderas a los prisioneros más eminentes, para después comérselos con sus tropas y atar las cabezas cortadas de los comandantes adversarios a la cola de su caballo, paseando así y suscitando la hilaridad de la compañía. Pero también causando horror. Espantados por tanta barbarie, muchos se pasaron a las filas de Temujin, aumentando su potencia militar.

El nuevo Khan eludió un ataque de 30.000 taicutos comandados por Targhutai, ayudó al depuesto Thogril a recobrar el trono, que le había usurpado su hermano Erke Qara, y se alió con los Kin de China septentrional para sojuzgar a los tártaros, en 1198. Luego, pasó a arreglar los problemas internos. Acusándoles de haber desertado, encontró la excusa para eliminar a los jefes de los pendencieros, Jurkin y Buri Boko, el "invencible luchador", descendiente de Qabul Khan y, por tanto, virtual pretendiente al janato. Mientras se llevaba a cabo la depuración, el descontento crecía entre Saljut, Qadjin, Oirat y Dorben, cuyas gentes tenían un beki, un príncipe chamán, a la cabeza. El siglo XII vio despertarse la ambición de la clase sacerdotal por alcanzar un supremo poder político-religioso, que arraigará principalmente en la Siberia meridional y, en menor medida, en alguna comunidad nómada. El grueso de los disidentes convocó una dieta y en 1201 decidió ungir a Jamuka con el título de Gur Khan "soberano absoluto". Entre tanto, desde 1199 a 1202, Temujin tomó medidas para vencer a los naimanos, aniquilar a los taicutos y someter, de una vez por todas, a los tártaros. El control de la Mongolia nororiental era completo. Fatalmente, también se perfilaba una ruptura con Toghril, quien ya se había dejado halagar por el Gur Khan.

Choque final

El inevitable conflicto fue librado por fuerzas desiguales. Por una parte, estaba la superioridad numérica de la soldadesca keraita; por otra, la habilidad estratégica de Temujin, obligado por la liga adversaria a recular hacia el norte de Manchuria. Pero en el 1203 los keraitas tuvieron que doblegarse.

Toghril fue asesinado en las provincias naimanas, donde hallaron asilo los irreductibles: Toqtoa el merkita, los refugiados tártaros y keraitas, y el impertérrito Jamuka con los restos de sus aliados. Los naimanes contaban con casi 80.000 soldados, una población que había conocido la influencia civilizadora uigura. Sin embargo, una asamblea plenaria promovida por Temujin decretó la guerra y, en 1204, las tropas guiadas por Jebe, Qubilai, Jelme y Subotai se dirigieron hacia el oeste. En lugar de buscar una defensa mejor entre los montes, las tropas escalonadas naimanas entraron en contacto con las avanzadillas adversarias, a las que creyeron que vencerían fácilmente, pues parecían mal armadas. Pero sucedió lo contrario y muy pocos escaparon al desastre: El heredero del trono, Kutchilug, se refugió en el reino de los qara-khitai. Toqtoa fue capturado y ejecutado. Jamuqa fue traicionado por cinco de sus propios guerreros, a los que Temujin decapitó. Al parecer, conmovido por los recuerdos, quiso ayudarle, pero fue inútil; el "hermano de sangre" solicitó expresamente sufrir la pena capital. La misión estaba cumplida: con la rendición espontánea de Ongut y de Oirat y con la sumisión definitiva de los merkitas, en los albores del siglo XIII el estandarte de los borjigin ondeaba sobre gran parte de los pueblos nómadas, para los que se abrían nuevos horizontes. ■

Después de la

El furor de los mongoles arrasó Oriente y Occidente, segando millones de vidas humanas. Pero, tras la violencia de la conquista, el Imperio vivió un período de paz extraordinario. **Vito Bianchi** describe la sociedad que reordenó el Gran Khan

Uno tras otro los nobles, arrodillados, juraron fidelidad al nuevo caudillo de Asia central. Los chamanes aseguraron que era el propio Cielo Azul quien guiaba su destino y en la primavera de 1206, año del Tigre, a las orillas del Onon y en presencia del solemne *qurultai* que confirmaba su absoluta preeminencia, Temujin pudo sentirse como un dios en la tierra: todos le ensalzaban, aclamándole como Gengis Khan, "soberano oceánico". A sus pies se postraban ahora más de treinta poblaciones, una marea de tribus que repartió en los tres grupos de la Horda Azul –del mismo color que la bóveda celeste–, correspondientes a otros tantos agrupamientos del ejército. Quien pretendía desestabilizar el poder era brutalmente quitado de en medio: fue el destino del gran chamán Kokoshu, el Teb Tengrí, que basaba su influencia en las prácticas mágico-religiosas.

Vito Bianchi es profesor de Arqueología en la Universidad de Bari.

TORMENTA

Gengis Khan en combate, en una miniatura de estilo persa del siglo XIII, de Rashid al-Din, París, Biblioteca Nacional.

La Gran Muralla china, en un grabado italiano de principios del siglo XIX. La conquista de China fue larga y complicada. El asedio a Pekín se saldó con el saqueo y quema de la ciudad.

Acabó con la espalda despedazada, aunque fuera considerado sacrílego suprimir a los brujos que podían curar, profetizar o dialogar en trance con los elementos de la naturaleza.

Una vez controladas las aspiraciones del clero, los fidelísimos *noyan* fueron llamados a trabajar junto a Temujin, para lo que les fueron distribuidos cargos militares y administrativos. Conspicuos privilegios cayeron también sobre cuantos habían merecido recibir el título nobiliario de *tarkhan*, que les eximía de pagar impuestos y les otorgaba un puesto relevante en la Corte.

Definir los rangos era fundamental para gobernar y disciplinar a los pueblos confederados, así como para inducir a Gengis Khan a codificar por escrito, en los decretos llamados *yasaq*, las creencias y costumbres vigentes en la estepa. Pero con una enmienda fundamental: la supresión de la organización tribal y de sus prerrogativas. Las disposiciones fueron consideradas esenciales por la sociedad mongola: concernían a la vida cotidiana, la ética, el comportamiento en el ámbito privado, familiar o social y a las cuestiones sagradas o profanas. Se preveían severos castigos para delitos como homicidio, robo de ganado, violación de vírgenes y adulterio. Estaba prohibido sumergirse en el agua durante el día, orinar en ella, lavar la ropa en los torrentes, introducir un cuchillo en el fuego para no "perturbarlo" y otras rarezas parecidas, como desplegar las ropas en la llanura, apoyarse sobre un látigo o golpear al caballo con la brida. Y no se podía degollar a los animales, sino que había que matarles sin derramamiento de sangre. Entre las reglas militares, el centinela distraído era reo de muerte, y estaba vigente la obligación de obediencia total a los oficiales: lo que garantizaba a los mongoles una proverbial eficacia bélica, corroborada por el valor de los soldados y su asombrosa resistencia al cansancio.

Ligada a un pueblo exteriormente feroz y bestial, una legislación que garantizaba tan importante igualdad entre las personas tenía que parecer un milagro, hasta el punto que el letrado armenio Gregorio de Akanch señaló, en 1270, que había sido directamente revelada al Khan por un ángel con aspecto de águila dorada. En realidad, la íntima necesidad del código era la de acabar con la anarquía, el fraccionamiento, la división. En la rápida evolución de las estructuras mongolas, determinada también por su cruce con poblaciones de cultura superior, para redactar las leyes y para la cancillería imperial se recurrió a los uigures: un poco por la estima de que disfrutaban, otro poco por su grado de civilización y el resto, por considerárseles buenos. No por casualidad era uigur el canciller y preceptor de los hijos del emperador, aquel Tata Tonga que sabiamente solía sugerirles: "El mundo se puede conquistar a caballo, pero hay que bajarse para gobernarlo".

La avanzada de la Horda Azul

Pero las conquistas no habían concluido. En 1207, Gengis Khan mandó a Siberia al ala derecha de su ejército. Después, atacó a los tangut y, en 1211, declaró la guerra a los kin. La campaña china pronto se reveló maldita y complicada: los guerreros nómadas no estaban acostumbrados a ciudades defendidas por murallas poderosas. Las fortificaciones parecían demasiado numerosas y a menudo insuperables, a menos que no se indujese a los asediados a abrir las puertas acosados por el hambre,

EL SIGLO DE GENGIS KHAN

1135. Guerra abierta en Mongolia, entre las tribus de los borjijin y los kin.
1146. Bernardo de Claraval llama a organizar la Segunda Cruzada.
1155, 1162 y 1167. Son las tres fechas que se barajan sobre el nacimiento de Temujin.
1187. Saladino captura Jerusalén.
Entre 1187 y 1196. El consejo de sabios concede a Temujin el título de Khan.
1189-92. Tercera Cruzada.
Entre 1199 y 1202. Temujin vence a los naimanos, aniquila a los taicutos y somete a los tártaros.
1206. A orillas del río Onon, Temujin es reconocido como Gengis Khan, que significa Soberano del Océano.
1204. La Cuarta Cruzada se desvía a Bizancio.
1206. Gengis Khan envía a Siberia a sus ejércitos.
1206. Se funda el sultanato de Delhi.
1211. Declara la guerra a los kin.
1212. Captura la antigua

Combate en un paso de montaña, Londres, M. Británico.

Gengis Khan y una de sus esposas **en su tienda**.

o bien tendiéndoles trampas como fingir la retirada; así se hizo en 1212 con Liao-yang, antigua capital de los kitai. Las praderas de Manchuria ahora se abrían a sus ejércitos. Pero no las provincias chinas: Pekín resistía, mientras que una conjura palaciega deponía a Tshiong-hei y entronizaba a Luang Tsung, y la furia de las tropas mongolas se encarnizaba sobre los grandes núcleos de la periferia. Se declaró la peste, desencadenada por la gran cantidad de cadáveres putrefactos y por los esqueletos de ratones infectados, catapultados sobre las ciudades fortificadas. Durante los asedios, los ingenieros de la Horda Azul desviaban los cursos de agua provocando la sed o inundaciones, y espantosos lanzallamas escupían "fuego griego" y grasa incendiaria. La catástrofe se tragaba campos y villas. En el verano del 1215, tras una tregua, Pekín capituló.

"Matar la tierra"

La metrópoli contaba en aquella época con 43 kilómetros de murallas que encerraban jardines, palacios, manufacturas de seda y de porcelanas preciosas. Tanta magnificencia no le interesaba mucho a Gengis Khan; se dirigió al norte en busca de frescura, dejando que los suyos exterminaran y saquearan. Aquellos mongoles –con la ayuda de auxiliares khitan y chinos– incendiaron los apartamentos reales, pasaron por la espada a miles de personas y amontonaron sus despojos en las plazas para poder contarlos, como solía hacerse con los animales al final de las grandes cacerías. No actuaban con sadismo, ya que para su mentalidad era una actitud más que lícita. Las atrocidades que caracterizaron a las hazañas mongolas están relacionadas con una concepción del universo muy alejada del de la civilización sedentaria. Era la misma concepción que conducía a los hombres de Gengis Khan a "matar a la tierra", es decir, a transformar en pastizales o en desierto los parajes conquistados, sustituyendo la economía nómada, con la que sólo estaban familiarizados, por la agrícola. Así fue como sitios fertilísimos, arrebatados por brazos campesinos a su esterilidad original, fueron restituidos a la estepa, y la avanzada de la Horda Azul segó tras de sí, desde el Pacífico a Sir Daria (y más allá), millones de vidas humanas.

Gengis Khan consultando el destino. No tuvo interés por la magnificencia china, pero tras la destrucción y la matanza, su Imperio se dejó influir por los modales de los vencidos.

capital de los kitai. Cruzada de los Niños
1215. Pekín capitula tras un largo y cruel asedio.
1217. Delega en el general Muqali las operaciones en China y regresa a Mongolia.
1219. Comienza la ofensiva contra shah de Choresm y siembra el terror hasta Tiflis, Crimea y Volgograd.
1222. Llega hasta el Indo, donde se detiene el furor mogol.
1227. Muere Gengis Khan.
1228. La dinastía hafsida se establece en Túnez.

Fray Giovanni di Pian del Carpine, emisario del Papa.

1228-29. Sexta Cruzada.
1236-41. Los mogoles invaden Rusia, Polonia, Hungría y Bohemia.
1245. El 6 de abril, el franciscano fray Giovanni di Pian del Carpine sale de Lyon para llevar una carta de Inocencio IV al Gran Khan.
1246. El 22 de julio, fray Giovanni logra entregar la carta a Guyuk.
1258. Los mogoles saquean Bagdad.
1295. Los mogoles se convierten al islam.

Estatua de bronce de una **divinidad taoísta**, siglo XIII.

Las tropas de Gengis Khan asaltan una fortaleza, en una miniatura de estilo indio. **El gran guerrero mongol llegó hasta el Indo**, pero finalmente decidió no cruzarlo.

Si en China resultó de alguna forma atenuado el efecto de la devastación, fue debido a los consejos de Ye-liu-Chu-tsai, literato y astrólogo de descendencia kitan, ya consejero real de los kin, que entró al servicio de Gengis Khan y le exhortó a "apoyar el desarrollo de las ciudades, pues éstas constituyen fuentes de riqueza". Quizá Gengis consideraba que se había hecho la mayor parte, quizá sus soldados estaban cansados o quizá no le interesaba continuar: el hecho es que, en 1217, delegó en Muqali, un brillante general suyo, la dirección de las operaciones y volvió a Mongolia. La frontera occidental estaba agitada por luchas religiosas: habiéndose librado de la derrota de los caimanes, el príncipe Kutchilug se había apoderado de Qara Kitai casándose con la hija del Rey, y perseguía a los musulmanes, que saludaron la avanzada de Gengis Khan en 1218 como una "bendición de Alá". La absorción de Serindia y Kazajistán puso a los ejércitos mongoles en estrecho contacto con el Choresm del shah Muhammad. Gengis le consideraba el jefe de Occidente, y entre ambos establecieron contactos diplomático-comerciales. Sin embargo, el *casus belli* no se hizo esperar: en Otrar, baluarte persa, fue masacrada una caravana musulmana-mongola y en otoño de 1219 comenzó la ofensiva de los mongoles.

Maniquíes en primera línea

La armada de los invasores, reforzada por un cuerpo de artilleros chinos, que habían aprendido del conflicto con los kin,

Karakorum, la ciudad tragada por el desierto

Las excavaciones arqueológicas están sacando a la luz la ciudad de Karakorum, a 360 kilómetros al oeste de Ulan Bator, capital de Mongolia. Gengis Khan había instalado allí hacia 1220 el campamento base en el que le gustaba descansar y donde, durante las campañas bélicas, instalaba a su familia, la administración central y, quizá, buena parte del botín acumulado. Pero la localidad no tomó forma de ciudad más que bajo el mandato de su hijo Ogodei. Se elevaron murallas que Marco Polo describió como de tres kilómetros de largo. Guillermo de Rubruk mencionó doce templos dedicados a varios ídolos, dos mezquitas y una iglesia cristiana, y hablaba de al menos dos barrios, el musulmán y el chino, que, según el monje, "son todos artesanos". Ogodei había hecho venir de China personal especializado en la construcción y la decoración de la capital, que también fue probablemente habitada por otros grupos étnicos y sociales.

La arqueología ya había demostrado la existencia de casas dotadas de calefacción y cañerías. Las más recientes investigaciones del Karakoru Projekt, misión arqueológica alemano-mongola de carácter quinquenal, parecen confirmar y ampliar el cuadro: calles adoquinadas, ladrillos fabricados en Catay, monedas y manufacturas extranjeras. Todo ello, fruto del comercio local y de inmigraciones más o menos forzadas, pero también de saqueos practicados por los mongoles en Europa y Asia. Están emergiendo los restos de un templo budista y, sobre todo, los restos de la residencia de Ogodei, que en chino era llamada el Palacio de las Mil Tranquilidades. Se trata de un aula basilical con pavimento de cerámica vidriada, cuyas paredes estaban realzadas por ladrillos de hasta dos metros de altura, como sostén de un dominante armazón de madera revestido de telas preciosas.

Cuando, en 1260, Khublai Khan llevó la Corte mongola a Pekín, Karakorum se convirtió en una ciudad provinciana, destinada a diluirse en el desierto.

parecía enorme, "hinchada" como estaba por la estratagema de vestir a la mongola a unos maniquíes y a los mismos prisioneros, obligados a exponerse en primera línea. Sobre las huellas del shah en fuga, una parte de la milicia mongola sembró el terror hasta Tiflis, en el valle del Terek, el Dniéper, los emporios genoveses de Sudak, Crimea y Volgograd. Mientras, Gengis remontaba el Amur Daria, tomando Termez y Urjendj. Poco después le tocaba a la Bactriana y al Khorasan entero, invadido por Tului: en Merv se alzaron macabras pirámides con cabezas cortadas de hombres, mujeres y niños. El holocausto se extendió hasta Nishapur y Herat. De milagro se salvaron varios artesanos, que fueron hechos esclavos, y algunos imanes. En el desastre de Choresm, tenaces focos de resistencia, alimentados por el príncipe heredero Jalal al-Din, se mantenían hasta Afganistán.

En Perlan, la Horda Azul conoció la derrota por una insurrección de numerosos habitantes de Choresm. La represión fue apocalíptica para seres humanos y tuvo efectos devastadores en los campos. Se ha escrito que tuvo el efecto de una bomba atómica con ocho siglos de antelación: debía causar espanto para acelerar el final de la guerra. De hecho, la incapacidad mongola para gobernar ciudades, ciudadanos y tierras, las floridas tierras transoxianas y afganas que la refinada agricultura islámica había convertido en fértiles, les causó un inmenso trastorno. Ghazni fue aniquilada con todos sus tesoros artísticos. Jalal al-Din fue obligado a replegarse sobre el Indo y, alcanzado por el Khan, se salvó con pocos soldados atravesando el río con gran peligro. Allí, en el umbral de la India, demasiado extensa e ignota, se detuvo el furor mongol, aunque al año siguiente, en 1222, entraron algunos destacamentos para asediar las fuerzas del sultán de Delhi.

Pax mongola

Para reorganizar Choresm, postrado por luchas y desolaciones, fueron propuestos altos funcionarios que tenían registros en persa y uigur, establecían el censo, cobraban los impuestos y reclutaban los soldados. Mientras, Gengis Khan descansaba en las gargantas del Hindukush. Pasó una temporada con el monje tao Tshang-Tsheng y en Bujara quiso profundizar en el islam con los "doctores de la ley".

El emperador en su senectud, en un retrato idealizado. Gengis Khan hizo de China el centro del Imperio mongol (Taipei, Museo del Palacio Nacional).

Ahí nacieron los edictos de tolerancia religiosa, puestos al día de continuo y tan perfeccionados que permitieron la coexistencia de las tradiciones mongolas y los rituales islámicos.

No sabemos si este interés fue suscitado por la sensación de que se aproximaba su último día: en una gran cacería, el Khan tuvo una mala caída del caballo. A la vez, el enésimo conflicto contra los Tangut robaba energías al anciano monarca. De nuevo cayó de la silla y su corcel se precipitó sobre él. Una hemorragia interna apenas le concedió el tiempo de nombrar en Ogodei a su sucesor. Murió en 1227 y su cortejo fúnebre partió de Burqan Qaldun. La escolta tenía la orden de no dejar rastro de vida en el trayecto del féretro, transportado con inmensos tesoros y bellísimas muchachas a una localidad que permanecería secreta para siempre. Sobrevivieron la fama del emperador y de su *pax* mongola, madurada en su progresiva aceptación de otras culturas. Bajo el paraguas del Khan se agruparon civilizaciones dispares, religiones diversas, una eficaz red viaria capaz de estimular los viajes y los intercambios, y ciudades como Karakorum, donde establecer oficinas gubernativas o alojar artesanos y comerciantes. Sobre las carreteras del Imperio volaron los correos del excelente servicio postal. De la primitiva fuente de ingresos, que era el ganado, la articulación de la economía condujo a la adopción del papel moneda, hecho con corteza de morera.

En China y en Persia, los dos polos tradicionales de civilización, despegaron nuevos estilos y movimientos artísticos: el miniado y las ilustraciones de libros conocieron una edad de oro y la arquitectura se expresó en el palacio real de Pekín. Era el Renacimiento asiático, que brotaba del genio de un sencillo nómada. Todavía en el siglo XVII, Abdul Ghazi podía escribir: "Bajo el reinado de Gengis Khan, cada país entre Irán y Mongolia disfrutaba de tal tranquilidad que una virgen desnuda, con un plato de oro lleno de perlas sobre su cabeza, habría podido ir desde Levante a Poniente sin sufrir la más mínima violencia". ■

UN FRANCISCANO
en la Corte del Gran Khan

En 1245, mientras los tártaros hostigaban los confines de Europa, fray Giovanni di Pian del Carpine tomó el camino hacia el Asia profunda para llevar un mensaje del Papa al soberano de los mongoles. Él mismo narró las etapas de su camino y abrió una ventana al lejano Oriente. **Alessandro Bedini** le acompaña en su viaje

A los tártaros, gente pésima y sin ninguna religión ni rito, que por su gran número habían cubierto casi todo el Oriente, le fue enviado un hombre de gran religiosidad. Giovanni di Pian del Carpine, de la Orden de los Menores…". Fray Nicoló da Calvi, correligionario del fraile de Umbría y autor de *La vida de Inocencio IV*, escribió una breve crónica del azaroso viaje que llevó a Giovanni, por encargo del Papa, hasta el Gran Khan de los mongoles. Pian del Carpine, un pueblecito de las proximidades de Perugia, se llama hoy Magione y se encuentra al noreste del lago Trasimeno, en una colina, rodeado de magníficos bosques. Aquí nació en 1182 Giovanni, que pronto se convirtió en una de las figuras más representativas del franciscanismo primitivo.

Deslumbrado por su admiración hacia el *Pobrecillo de Asís* y su proyecto religioso, Giovanni fue uno de sus primeros discípulos y dedicó toda su vida a la expansión de la Orden fundada por el santo. Giovanni di Pian del Carpine había entrado en la orden de los Hermanos Menores en 1214, mostrando desde el principio dotes innatas para la diplomacia y una gran elocuencia, junto a la humildad franciscana. Por ello, Cesario da Spira se lo lleva con él a Alemania y, a continuación, le fueron encargadas importantes

Alessandro Bedini es periodista.

Fray Giovanni entrega la carta de Inocencio IV a Güyük, en una escena idealizada por Gerardo Dottori.

Abajo, **la Ruta de la Seda**, que era la línea divisoria entre el mundo nómada de la estepa y el sedentario de las grandes urbes orientales, en un mapa catalán del siglo XIII (París, Biblioteca Nacional).

misiones en España y ante el rey de Túnez. Parecía el hombre indicado, por tanto, para recibir el encargo de una misión tan difícil y peligrosa como la que le confió el papa Inocencio IV: llegar hasta los mongoles con el fin de convencerles de que desistieran de atacar a la Europa cristiana y, al mismo tiempo, averiguar sus verdaderas intenciones para que la cristiandad pudiese afrontar las peores perspectivas.

El franciscano y sus compañeros debían, además, hacerse una idea lo más real posible del armamento del que disponían los ejércitos mongoles, de sus técnicas de guerra y de sus objetivos reales. Una misión que mezclaba la diplomacia y el espionaje a la vez.

El peligro mongol

En vísperas del Concilio de Lyon de 1245, la preocupación por el aparentemente imparable avance de los ejércitos mongoles en Europa era grande. Inocencio IV manifestó gran pesar ante la *saevitia Tartarorum* que tenía lugar en Europa oriental. En el siglo XIII, era corriente que el Papa se sirviese de frailes de las órdenes mendicantes –dominicos y franciscanos– para realizar misiones de carácter diplomático y religioso. El fraile de Umbría partió de Lyon el 6 de abril de 1245, día de Pascua, con el hermano Stefano de Bohemia. Cuando llegaron a Breslau, en Silesia, se unió a la misión Benedetto di Polonia, que se acabó convirtiendo en su único acompañante durante el resto del viaje, ya que Stefano cayó gravemente enfermo.

Giovanni, ya de avanzada edad y de poca agilidad, decidió sin embargo partir, afrontando las enormes dificultades de un viaje de estas características: temperaturas extremas, sed, hambre y los peligrosos adversarios que podría encontrarse. El fraile llevaba una carta del Papa, fechada el 13 de marzo de 1245 y dirigida a Güyük, emperador de los mongoles. En la misiva pontificia podía leerse el más encendido elogio de Giovanni y sus compañeros; se solicitaba al Gran Khan que hiciese cesar las persecuciones contra los cristianos y firmarse finalmente la paz, a la par que se le invitaba a convertirse y hacerse bautizar. Además de esta carta del Papa, Giovanni poseía numerosas credenciales que le había suministrado la Santa Sede para presentar a los patriarcas y prelados de

Oriente, incluidos los que no comulgaban con Roma.

Es el mismo Giovanni quien nos describe, en el capítulo noveno de la *Historia Mongolorum* –un verdadero tratado sobre su expedición al Asia profunda–, todas las etapas del viaje, los países que cruzaron, los peligros que encontraron, los medios de transporte utilizados, los pueblos con los que entraron en contacto y los usos y costumbres de los mongoles.

Parada en Kiev

Los franciscanos recibieron importantes ayudas de los príncipes eslavos de Europa oriental, pudiendo así llegar a Kiev con bastante rapidez. No sin peligros, sin embargo, como narra el mismo Giovanni: de hecho el territorio que atravesaban era escenario de continuas incursiones por parte de los lituanos que combatían contra los rusos.

El hermano del duque de Rusia, Daniel, aconsejó a los franciscanos que llevasen a los tártaros regalos de valor, que ellos apreciaban mucho. Giovanni recuerda cómo, antes de llegar a Kiev, él y sus compañeros cayeron gravemente enfermos y cómo decidieron continuar igualmente el viaje. Hasta entonces habían utilizado caballos normales, pero los nobles rusos a los que habían pedido información sobre los tártaros, les aconsejaron utilizar caballos mongoles, capaces de resistir en las regiones más inhóspitas y de encontrar hierba bajo la nieve para alimentarse. Tras haber dejado diversos regalos al gobernador militar de la zona, obteniendo a cambio un salvoconducto y víveres además de caballos, partieron a tierras de los tártaros.

Inocencio IV, que fue Papa entre 1243 y 1254, envió una embajada religosa a Asia para entrar en contacto con el Gran Khan (representación conservada en la basílica de San Pablo, en Roma).

La mirada de Giovanni se pierde por las arenosas y pedregosas landas, tan diferentes a los paisajes a los que está acostumbrado, carentes de árboles y de agua, donde no hay ciudades y el clima es extraordinariamente variable. También es diferente el aspecto de la gente; el fraile franciscano lo describe minuciosamente: tienen la nariz chata, el rostro lampiño, son de color amarillo y –además– hombres y mujeres visten del mismo modo y así es difícil distinguirlos. Los hombres pueden tener varias mujeres, pero a todas respetan y reina la armonía. Y ellas son honestas y castas. En cuanto a las costumbres matrimoniales, Giovanni insiste sobre el hecho de que los mongoles pueden unirse entre parientes; por ejemplo, un hombre puede casarse con su hermana, pero sólo por parte paterna y con la mujer del padre tras la muerte de éste. Además, el hermano menor, tras la muerte del mayor, está obligado a casarse con su cuñada.

Sus casas son circulares, construidas casi como tiendas, y destaca que "algu-

Curioso monoteísmo

El relato de Giovanni di Pian del Carpine sobre los usos religiosos de los mongoles se resume en cinco puntos: el culto, los pecados, la divinización, los ritos de purificación y los funerarios. El primer dato registrado por el franciscano es el presunto monoteísmo de los mongoles: "Creen en un solo Dios, que consideran creador de todas las cosas visibles e invisibles, y dispensador, en este mundo, tanto del bien como del mal". Es probable que la perspectiva de que los mongoles fuesen monoteístas pudiese complacer a nuestro fraile, pareciéndole quizá más fácil la tarea de acercarles al cristianismo En cualquier caso, otros viajeros también tuvieron la impresión de que este pueblo era básicamente monoteísta.

Giovanni pasa después a describir sus costumbres idólatras, sin plantearse el problema de explicar cómo podía conjugarse el monoteísmo con la adoración de los ídolos: "Pero también tienen algunos ídolos de fieltro, hechos a semejanza humana, que colocan a los lados de la puerta de la casa; bajo ellos colocan un trozo de fieltro con forma de mama; creen que son los protectores de los rebaños y que les aseguran el beneficio de la leche y de los nuevos nacimientos. También fabrican otros ídolos con telas de seda y les veneran mucho; algunos los colocan ante la puerta de sus casas, sobre un carro adornado y cubierto y a quien robe algo de ese carro lo matan sin misericordia. Cuando quieren confeccionar esos ídolos, todas las mujeres más acreditadas del lugar se reúnen y trabajan con religioso fervor; cuando han terminado, sacrifican una oveja, la comen y queman sus huesos. También cuando un niño enferma fabrican un ídolo en la forma descrita y lo atan sobre su lecho".

nas se desmontan y se reconstruyen rápidamente y pueden ser transportadas sobre animales de carga…". Por lo que respecta a la alimentación, comen carne de caballo, de perro, de lobo y de zorro. "Si es necesario, comen carne humana", precisa Giovanni. No tienen verdura, ni pan, ni legumbres. No producen vino ni cerveza o hidromiel, que tienen que importar, cuando es posible, de otros pueblos. Beben mucha leche de yegua y también de camella, cabra y oveja. Cuando la leche escasea, especialmente en época invernal, cuecen mijo en agua y beben el caldo. La actividad más importante de los hombres es la caza y trabajan sólo para fabricar armas. Pian del Carpine se admira de la alta moralidad del pueblo mongol, una especie de pueblo elegido muy alejado de lo que se creía en Occidente. Tienen un gran espíritu comunitario, no se roban entre ellos y nunca pelean. Difícilmente traicionan a su señor y son muy respetuosos unos con otros.

La travesía del Dniéper

Pero volvamos al viaje. La primera ciudad que se encuentran en el territorio controlado por los mongoles es Kanev, donde Giovanni y Benedetto cambiaron sus caballos y obtuvieron un salvoconducto para proseguir a través de la Cumania, región al norte del Cáucaso, hacia el territorio controlado por el prefecto mongol Corenza, entre el Dniéper y el Don. También aquí se vieron obligados a dejar regalos; si no lo hubiesen hecho, no hubieran podido pasar más allá. Giovanni y Benedetto fueron luego recibidos en la horda, es decir, la tienda del comandante mongol. Allí tuvieron que explicar las razones de su viaje y mostrarles al prefecto y a sus notables la carta del Papa.

Sólo después pudieron volver a partir; les fueron cedidos caballos y asignados tres hombres de escolta, uno de los cuales era descendiente del príncipe Batu Khan, cuyo poder se extendía sobre toda la región del Volga. Giovanni cuenta cómo fueron obligados a atravesar el gran río Dniéper sobre el hielo. Llegados al cuartel general del príncipe mongol, fueron alojados y pudieron descansar. Como de costumbre, les pidieron que ofrecieran regalos a Batu; tras ser recibidos por él, tuvieron que explicar de nuevo el motivo de su misión y mostrar la carta del Papa, que fue traducida al ruso, al árabe y al tártaro. Partieron de nuevo el día de Pascua, 8 de abril de 1246, pues Batu había permitido que prosiguieran hasta la residencia del Gran Khan Güyük.

Atravesaron territorios habitados por pueblos que son mencionados por Giovanni en su *Historia*. Primero, los mordvini, de etnia ugrofinesa, establecidos en el curso medio del Volga; después los bolar, búlgaros del Volga, que habitaban en la misma Gran Bulgaria extendida en torno al gran meandro del río, y más adelante los baskiri, que ocupaban la que en tiempo de Giovanni era llamada Hungría Mayor. Todas estas gentes, precisa Giovanni, hablaban turco. Dirigiéndose hacia el septentrión, se adentraron en el territorio de los que Giovanni llama kitai negros, es decir los karakitai, en aquella época establecidos entre el actual Sinkiang chino y el Asia Central ex soviética. Se detuvieron en la ciudad de Emil, que se alzaba probablemente en la proximidad del río homónimo y hoy se encuentra en Kazajstán. Más tarde, llegaron a la primera horda o campamento im-

Los nobles rusos aconsejaron a los frailes que viajaran con caballos mongoles, capaces de hallar hierba bajo la nieve

Gengis Khan en el trono, en el interior de su tienda, en una miniatura persa del siglo XVI. El emperador mogol llevó siempre una existencia errante.

perial y fueron reconfortados e invitados a descansar durante un día entero. Giovanni también habla del pueblo de los naimai, que habitaban en la parte occidental de la actual Mongolia, definiéndoles como paganos: en realidad, muchos de ellos se habían convertido al cristianismo nestoriano. Finalmente, llegaron al territorio de los mongoles.

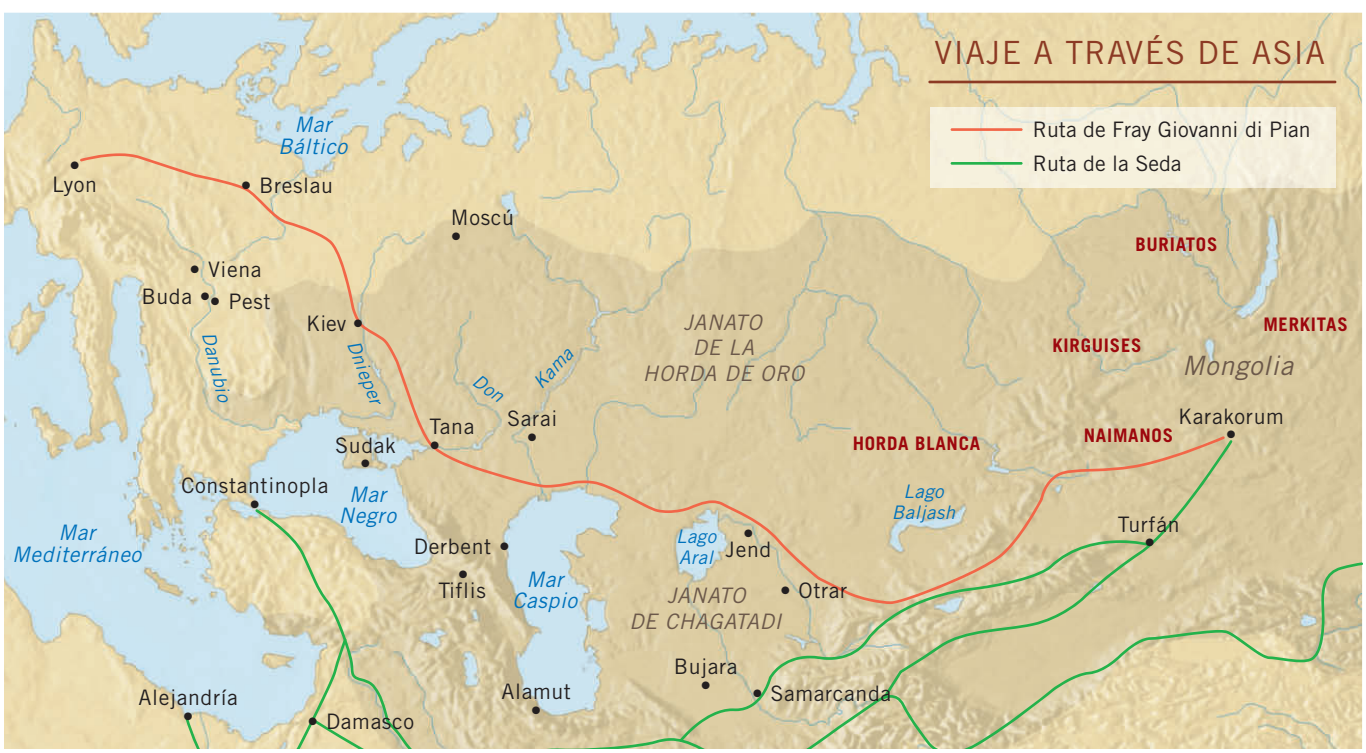
Alojados en la Horda de Oro

Giovanni no se olvida de registrar que viajaron durante tres semanas cabalgando a gran velocidad, para llegar finalmente al campamento de Güyük el 22 de julio de 1246, día de la fiesta de santa María Magdalena, donde fueron acogidos con benevolencia. La prisa por llegar se debía al hecho que a los guías que escoltaban a los franciscanos les habían ordenado alcanzar lo más rápidamente posible el campamento imperial, con el fin de que los embajadores del Papa pudieran asistir a la ceremonia de coronación de Güyük. Giovanni y los suyos llegaron a la residencia imperial de Güyük, en las cercanías de Karakorum, en el confín con Manchuria, un año y tres meses después de su partida, habiendo recorrido cerca de diez mil kilómetros, con etapas de sesenta kilómetros por día. Tras cinco o seis días, los dos franciscanos fueron conducidos a la residencia de la madre del emperador, campamento llamado Sira Orda (Horda de Oro), donde se desarrollaría el *kuryltai,* la gran asamblea electoral de los mongoles.

El fraile y su compañero pasaron cuatro meses en la corte imperial y asistieron a la coronación de Güyük y a los grandes festejos. Tres días después de la ceremonia, Giovanni fue admitido en presencia del emperador, pero tuvo que esperar más de un mes para que le fuese permitido mostrar al Gran Khan de los mongoles la carta con las propuestas pontificias. Puestos nuevamente por escrito los términos y el contenido del tratado, como expresamente les pidieron, fue obligado a esperar todavía varios días antes de ser convocado a presencia de Güyük, quien quiso que todo le fuese repetido a través de un intérprete. El 11 de noviembre los escribanos imperiales convocaron de nuevo a los dos franciscanos y tradujeron de la lengua tártara la res-

Tártaros o mongoles

En la *Historia Mongalorum*, Giovanni di Pian del Carpine da muestras de no distinguir claramente las dos denominaciones que designan realidades tan diferentes. Los tártaros, más correctamente tatar, ta'-ta' en chino, eran un conjunto de tribus de lengua mongola con toda probabilidad, establecidas al suroeste del lago Baikal, en la región siberiana. Es clara la alusión al tártaro, es decir, al infierno. El término "mongol" aparece por primera vez en las fuentes históricas chinas alrededor del siglo VII; este pueblo se había asentado entre el curso superior del Nen, en China, y el valle del Amur, en la frontera con Rusia. En el transcurso del siglo XI, cuando los mongoles se afirmaron como potencia política, entraron en guerra con los tártaros. El comandante mongol Temujín (Gengis Khan), les expulsó definitivamente en 1202. Además quiso borrar el nombre de sus adversarios, pero lo que sucedió fue todo lo contrario: tanto en China como en Europa, los mongoles fueron más conocidos con el nombre de tártaros. La explicación para esta contradicción está en el hecho de que Gengis Khan había utilizado a los Tatar como vanguardia de su propio ejército y así, quienes les veían avanzar hacia ellos, inmediatamente les individualizaban como tártaros. La cuestión sigue suscitando controversias. De hecho, el término tártaro en lugar de mongol comenzó a circular en la Europa occidental hacia 1236, poco antes de la segunda incursión mongola en Rusia.



Nómadas mongoles con un asno, en un dibujo sobre pergamino del siglo XV, Estambul, Museo del Palacio de Topkapi.

puesta de Güyük al Papa, mientras Giovanni y Benedetto la traducían al latín. Después, y habiendo comprobado que no había errores, entregaron a los hermanos menores el original de la misiva imperial. Dos días más tarde, el 3 de noviembre de 1246, la delegación franciscana emprendía el camino de regreso, llevándose los regalos del emperador.

En el camino de vuelta

Giovanni y Benedetto emprendieron el camino hecho a la ida. Viajaron durante todo el invierno, durmiendo en medio de la nieve y comiendo cuando podían. Se volvieron a encontrar con sus compañeros, los servidores que habían sido retenidos a la ida y con toda probabilidad también con Stefano de Bohemia. En Kiev les recibió una muchedumbre entusiasta e incrédula de verlos todavía con vida. Así sucedió en los demás lugares que habían visitado a la ida. En noviembre de 1247, tras otros dos años y medio desde el día de la partida, Giovanni llegaba finalmente a Lyon con la carta de respuesta del Gran Khan de los mongoles. ¿Cuál era la respuesta de Güyük a la propuesta del papa Inocencio IV? Sustancialmente era bastante dura. El emperador pedía que el Papa y todos los príncipes cristianos, si verdaderamente querían la paz, se presentaran ante él, cumpliendo así un inaceptable gesto de sumisión. Sólo entonces conocerían su voluntad. Afirmaba además no entender por qué tenía que ser bautizado, ni comprendía qué era en realidad el cristianismo. Acusaba después a los cristianos polacos, húngaros y moravos, de no haber obedecido las órdenes de su lugarteniente Gengis Khan y de haber masacrado a sus embajadores, por lo que serían exterminados.

El descubrimiento de Asia

Desde el punto de vista de los objetivos diplomáticos, la misión de Giovanni di Pian del Carpine fue un fracaso. Pero no desde el punto de vista informativo. El fraile de Umbría, gracias a las escrupulosas anotaciones, fue capaz de proporcionar indicaciones preciosas sobre el armamento que poseían los mongoles, sobre su sistema de defensa, la consistencia de las fortificaciones y las técnicas de combate utilizadas por el ejército. Gracias a Giovanni, el peligro tártaro fue conocido en toda su integridad. El misterio del Oriente asiático del que provenían los caballeros invencibles, los *reitrvölker* que habían devastado la Europa oriental, había sido desvelado. El miedo a lo desconocido cedía su puesto a una gran preocupación, pero ahora el peligro era real, conocido. El camino hacia el Asia profunda estaba finalmente abierto; muchos otros seguirían la ruta de Giovanni, Marco Polo entre ellos. La extraordinaria aventura del humilde fraile franciscano le había revelado a Europa un mundo conocido hasta entonces sólo a través de relatos fantásticos. ■

PARA SABER MÁS

González Trevijano, P., *La mirada del poder. De Gengis Khan a Churchill. Diez semblanzas históricas*, Madrid, Temas de Hoy, 2006.
Man, J., *Genghis Khan. Vida, muerte, resurrección*, Madrid, Oberon, 2006.
Pradwin, M., *Gengis Kan: el conquistador de Asia*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2004.
Vasili, Y., *Gengis-Khan*, Madrid, Valdemar, 2003.